

## Vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros

por Sara Wyngaarden

La semana pasada tuve el privilegio de visitar Jharkhand, el estado colindante al norte de Chhattisgar. El Comité Central Menonita se ha asociado con la Fraternidad India de Servicio Cristiano Menonita y Bihar Mennonite Mandli para realizar un proyecto de autoabastecimiento de alimentos en algunos pueblos de la región de Chandavaa. El personal local accedió a enseñarme cómo funciona, dándome la oportunidad de alojarme con anfitriones en los pueblos mismos. ¡Yo no cabía en mí de emoción!

Cuando llegué al hogar de mis primeros anfitriones, me recibió un gentío que cantaba y danzaba al ritmo de tambores. Una mujer me roció con agua empleando una rama frondosa. Los niños me obsequiaron con ramos de flores y echaron pétalos sueltos sobre mi cabeza. Esta es la forma tradicional de expresar bienvenida, y me uní gustosamente a los danzantes que me condujeron desde la carretera hasta la casa.

Después de proveerme de una silla y un vaso de agua, algunas mujeres se acercaron a mí con una jarra y jofaina.

«Es tradicional entre nosotros, cuando llega un huésped, lavarle los pies» — me explicó alguien. Y efectivamente, es así como fui recibida en todas las casas donde visité o me alojé esa semana.

A mí me han lavado los pies antes. (Bueno, me lavo yo misma los pies, por supuesto; quiero decir que me los lavaran otros.) En mi comunidad menonita de Elmira, Ontario (Canadá) practicamos el Lavatorio de Pies siempre que celebramos la Comunión. Es un recordatorio de que Cristo nos llama a servirnos unos a otros, a interactuar con amor y humildad unos con otros (Juan 13,1-17). Siempre he valorado mucho esa experiencia.

Pero esto era algo muy diferente de ese gesto simbólico. Estas mujeres no estaban descalzándome mis zapatos lustrados de domingo para revelar pies relucientes con olor a rosas. (Una descripción admito que embellecida.) Estaban descalzándome mis zapatos polvorientos, manchados de sudor, gastados y medio rotos, para revelar pies malolientes, con callos, con uñas que necesitaban una limpieza urgente. (Esta descripción, desafortunadamen-

El presente artículo fue difundido (en inglés) por Sara Wyngaarden en su blog personal y reproducido en la web de MCC. Sara estuvo en la India con el programa SALT de la ONG internacional menonita MCC. Es un programa donde jóvenes menonitas de Canadá y EEUU tienen la oportunidad de vivir en otros países y conocer la vida en otras culturas. Aunque nuestros jóvenes no pueden participar, nuestras comunidades sí pueden prestarse a recibir jóvenes norteamericanos y así participar en el programa. Más información en la web de MCC.

te, no ha sido embellecida en absoluto.) Y lavaron esos pies echando sobre ellos agua fresca sobre la piel bronceada por el sol, masajeando suavemente mis músculos cansados, y secando con ternura los diez dedos inquietos. (No preocuparse: las uñas me las limpié yo misma.)

¡Qué sensación más increíble!

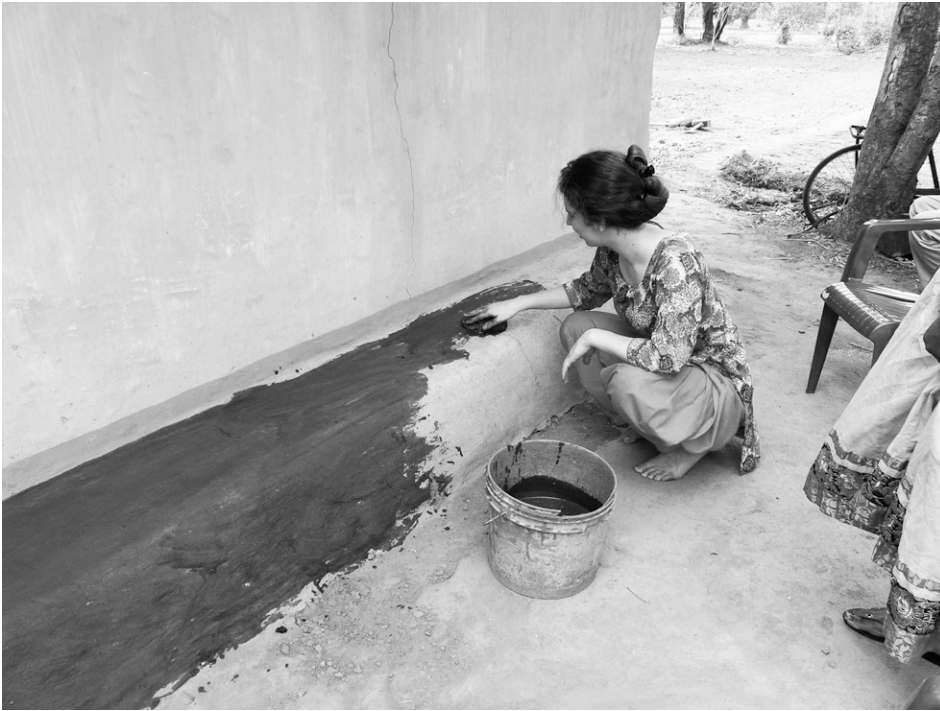
Les dije a mis anfitriones nada más llegar que quería hacerlo todo. He visitado muchos pueblos este año, así que sé que muchos aspectos de la «vida de pueblo» son muy diferentes de la «vida de ciudad» que experimento en Korba, donde he vivido casi todo el año. Pedí a MCC que me dieran esta oportunidad porque quería experimentar el ritmo de vida, el traje diario que vive la gente de los pueblos. Esperaba que me permitieran participar en lo habitual: barrer, tra-



Jarra y jofaina para lavar los pies de los huéspedes. Foto: MCC/Sara Wyngaarden

### También en este número:

La Historia Menonita Mundial	3
Algunas cosas que he aprendido	4
El poder del evangelio	6
Jesús sitúa mujeres al centro	8
Noticias de nuestras iglesias	9
Diccionario: misericordia	10



Aquí estoy aplicando la mezcla de barro, estiércol de vaca y agua, que se emplea para construir y conservar las casas. Foto: Sara Wyngaarden

bajar la tierra con azada, destripar pescados. En mi imaginación me veía trabajando y descansando junto a mis anfitriones desde el alba hasta la puesta del sol.

No era un sueño realista, por supuesto. La hospitalidad es un aspecto tan céntrico de la cultura india que sabía que ser recibida como una huésped era algo inevitable, especialmente si solamente me quedaba una semana. Pero incluso después de meses de vivir con mi familia anfitriona, tengo que batallar para conseguir que me dejen ayudar a lavar la vajilla. Que mis anfitriones en Jharkhand me permitieran hacer todo lo que hice es ya de por sí notable. Tuve oportunidad de cargar piedras y jarrones de agua con la cabeza, pescar, ayudar a preparar la comida y a coser, entre otras cosas.

Uno de mis autores favoritos es Max Lucado. Al principio de *In the Grip of Grace* (En manos de la gracia), escribe lo que él llama «la parábola del río». Trata sobre cuatro hijos descarriados y un quinto que sale a buscarlos para traerlos a casa de su padre. Merece leerse entero, pero quiero destacar un pasaje en particular. Uno de los cuatro hijos descarriados decide regresar a la casa del padre construyendo un camino de piedra a lo largo del río. Cuando el hermano

mayor lo encuentra, este es su diálogo:

—Padre me ha enviado para que te traiga a casa.

El hermano no levantó la vista.

—No puedo hablar ahora. Tengo que trabajar.

—Padre sabe que has caído. Pero te perdonará...

—Puede ser —interrumpió el hermano, luchando por mantener el equilibrio contra la corriente—, pero antes tengo que llegar al castillo. Tengo que construir un camino a lo largo del río. Eso le hará ver que soy digno. Y entonces suplicaré su misericordia.

—Ya tienes su misericordia. Yo te llevaré sobre mis hombros río arriba. Nunca serías capaz de construir un camino. El río es demasiado largo. La tarea es demasiado grande para tus manos. Padre me mandó para que te llevara a hombros a casa. Soy más fuerte. [...]

—No me puedes detener. Voy a construir este camino y me plantaré delante de mi padre y no tendrá más remedio que perdonarme. Forzaré su aceptación. Me ganaré su misericordia.

Y entonces viene lo que me parece la línea más profunda de la parábola. El hijo mayor le dice a su hermano:

—La aceptación forzada no es aceptación. La misericordia ganada no es misericordia.

Yo añadiría que «la gracia merecida no es gracia».

A veces se me tuerce la idea de la gracia de Dios y acabo pensando que necesito impresionar a Dios con mi actividad para conseguirla. Pienso que su aceptación es algo que hay que forzar; que su misericordia es algo que hay que ganarse; que su gracia es algo de lo que tengo que ser digna. Quiero ganármela, sudármela, ensuciarme del todo para recibirla como una ducha maravillosamente purificadora. Pero si tuviera que merecer ser recibida por Dios, entonces su gracia sería irrelevante. Y si tengo que trabajar hasta llegar a Dios por mi propia cuenta, bueno, entonces nunca alcanzaría ese objetivo. Eso es lo que hace que nuestro Dios sea tan increíble. Su gracia es gracia auténtica; es completamente inmerecida. Y envía a su Hijo, Jesús, para llevarnos sobre sus hombros a casa para que podamos vivir en la luz de su aceptación. Solamente hace falta decir «Sí».

Sé que esto de la hospitalidad no es un paralelo perfecto, pero desde luego puede incluir mucho de gracia gratuita, particularmente en un encuentro entre personas de diferente trasfondo cultural. He recibido una abundancia de gracia de mis anfitriones este año mientras cometía torpezas viviendo en su cultura, aprendiendo como si fuese una niña. Hubo gracia ante las dificultades de hablar idiomas diferentes y cuando hacía cosas que entre ellos están mal vistas; gracia cuando extrañaba mi país y mis seres queridos, cuando entraba en shock intercultural; gracia para mis excesos de energía en algunos momentos y agotamiento total en otros. Y en última instancia, me recibieron con gracia en medio de sus vidas como una huésped, observadora y participante durante muchos meses.

# Presentación de la 2ª edición de la Historia Menonita Mundial

La Serie de **Historia Menonita Mundial** consiste en cinco volúmenes, uno sobre cada región continental. Los escritores de cada región trazaron los orígenes, el desarrollo y las misiones de las iglesias afines al anabautismo allí, reflejando las experiencias, comprensión y perspectivas de estas iglesias.

Es la primera vez que algunas de estas iglesias han cooperado en contar sus historias con su propia voz. Los temas de un libro difieren de los otros. Este relato de la historia de las iglesias de los Menonitas y Hermanos en Cristo pretende «estimular la renovación y extensión del cristianismo anabautista en todo el mundo». La serie ayuda a los lectores a entender lo que la revista religiosa norteamericana *Christian Century* llama «el cambio en la energía, liderazgo y los números de la iglesia, del Norte al Sur, de países desarrollados a países en desarrollo».

El Congreso Mundial Menonita inició la serie de **Historia Menonita Mundial** en su decimotercera asamblea mundial en Calcuta, India, en enero de 1997. La serie fue dirigida por un comité organizador internacional, cuyos miembros representaban a las cinco regiones continentales. Los editores generales fueron John A. Lapp y C. Arnold Snyder.

Cuenta Dionisio Byler acerca de la 2ª edición en español, lanzada en 2018 por Ediciones Biblioteca Menno:

«Hubo problemas con la distribución de la primera edición, que hacía problemático poder conseguir estos libros, por lo menos en España. No tenían, además, presencia en absoluto en internet; ninguna referencia a la colección aparte de algo de información, incompleta, en la web del Congreso Mundial Menonita.

«Yo había participado en el proyecto como traductor al español de los dos últimos libros (Asia y Norteamérica), y me habían resultado ambos de inmenso interés. También poseía y había leído con mucho interés los otros libros en inglés. Los cinco resultan estimulantes como información esencial para comprender los oríge-

nes, pero especialmente la expansión sorprendente por todo el mundo en el siglo XX, de la rama anabautista/menonita del cristianismo.

«Me alegré mucho cuando mi ofrecimiento de preparar una 2ª edición que pudiese difundirse tanto por la venta de los libros impresos en librerías, como por lectura online e incluso descarga gratuita de los archivos en PDF, fue aceptada por el Congreso Mundial Menonita y por la editorial que posee los derechos. Por la multitud de fotografías y cuadros con anécdotas y testimonios, preparar esta edición ha sido un reto importante, pero me congratulo de poder ofrecerla ahora para el público hispanohablante de todo el mundo».

Cada libro tiene su particular interés.

Los volúmenes sobre África, América Latina y Asia son una historia fascinante de las misiones de esta pequeña parte del testimonio cristiano en dichos continentes. Al limitarse a los menonitas, Hermanos en Cristo y afines, es posible amenizar con anécdotas y testimonios personales, rivalidades y debilidad humanas, pero también gracia sobrenatural y poder divino, desde la llegada de los primeros misioneros hasta el arraigo de iglesias autóctonas.

El volumen sobre América Latina tiene dos vertientes, sin embargo. Una es la ya dicha, de la implantación del evangelio gracias a la actividad misionera. La segunda es que en muchos países americanos existen colonias rurales de menonitas (y otros grupos anabautistas) de origen germánico, que llegaron en olas sucesivas de migración desde Europa y Norteamérica.

El volumen sobre Europa es de especial interés porque relata los orígenes de los menonitas y otras denominaciones afines, en tiempos de la Reforma Protestante. Explica cómo surgieron como ala «radical», desta-

cándose particularmente por rechazar ningún tipo de vínculo estatal y defender la libertad de conciencia para practicar la fe como cada cual la entiende, en una era cuando estas ideas se pagaban con persecución hasta la muerte.

Igual de interesante resulta la lectura de las diversas migraciones hacia el este (el Imperio Ruso) y oeste (EEUU, Canadá) en busca de libertad religiosa. Pero muy en particular apasiona el relato de cómo vivieron las conmociones bélicas del siglo XX en Europa estas pequeñas comunidades de cristianos que se sentían hermanados a pesar del auge del nacionalismo y la guerra. Esa historia culmina en un hondo y sentido acto de reconciliación años después de la 2ª Guerra Mundial, donde los menonitas alemanes piden perdón a sus hermanos holandeses y franceses y todos se funden en un abrazo fraternal.

El interés particular del volumen sobre los menonitas en Norteamérica reside en que las iglesias hispanohablantes somos el producto de las misiones que nos llegaron desde Canadá y EEUU. Conocer sus historias y particularidades, su bifurcación en numerosas denominaciones anabautistas pero también su vinculación precisamente en las misiones y gracias al Congreso Mundial Menonita, es descubrir un poco lo que es nuestro ADN como iglesias evangélicas menonitas en los países hispanohablantes.



# Algunas cosas que he aprendido estos últimos meses

por Dionisio Byler

Hay un refrán en inglés, *You can't teach an old dog new tricks* (Es imposible enseñarle a un perro viejo habilidades nuevas), que viene a expresar que cuando uno se hace mayor, la flexibilidad necesaria para seguir aprendiendo y evolucionando va disminuyendo. Es la observación de un hecho que se confirma en multitud de personas y situaciones. En mí mismo noto cuánto sigo fiel a los viejos hábitos de pensamiento y opinión forjados en mi juventud.

Lo cual no impide que los seres humanos, a pesar de todo, sigamos generalmente con una capacidad sorprendente para seguir aprendiendo toda la vida.

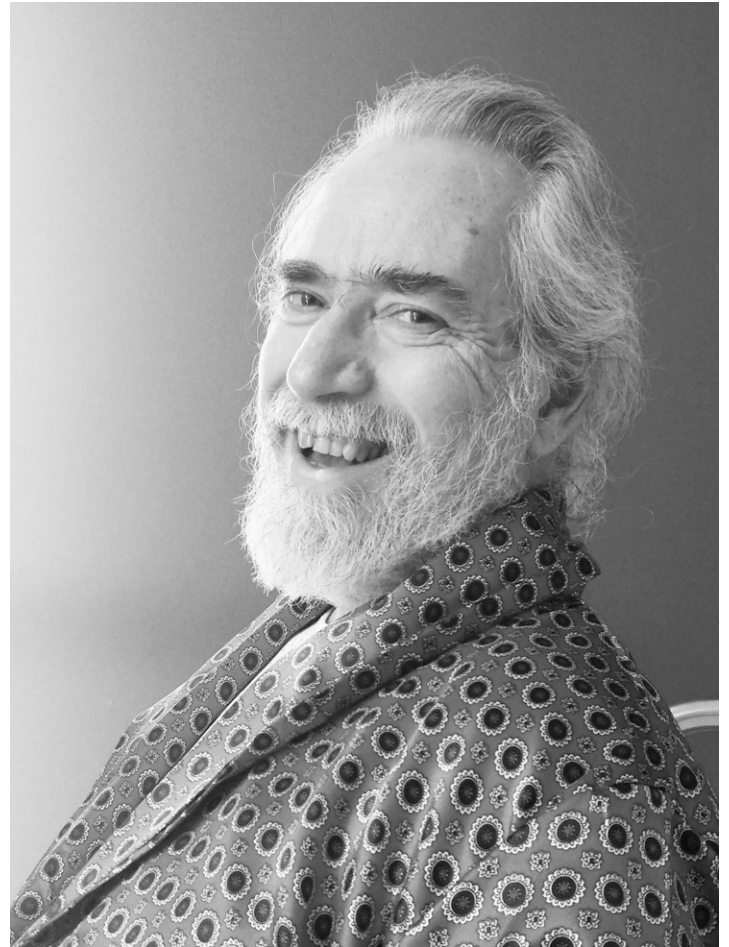
Así que, sí, a pesar de mis años, he aprendido varias cosas en estos últimos meses, al enfrentarme al diagnóstico de un cáncer súper agresivo que encerraba el potencial de quitarme en poco tiempo la vida. Tal vez sean cosas que muchos de vosotros los lectores ya hayáis aprendido antes que yo. Pero de todas maneras voy a tener el atrevimiento de expresar cuatro de estas cosas por escrito:

**1.** La primera y tal vez más evidente porque tantas personas lo han vivido antes que yo, es aprender a empatizar y solidarizarme como nunca antes con personas que pasan por un posoperatorio o una larga postración en cama. Nunca he sido muy de acercarme a los enfermos ni visitar hospitales. He preferido dejar ese ministerio a mi esposa, que está tan eminentemente capacitada por el Espíritu para hacerlo con gracia sobrenatural. (Tan sobrenatural que ella ni siquiera lo reconoce, no se da cuenta.)

Mi relativamente breve estancia en el hospital ha sido suficiente para quedarme pasmado y admirado de lo que han tenido que soportar otros muchos, con experiencias muchísimo más largas o más duras.

Dios quiera que los malos ratos que he pasado —las horas que tardan un siglo cada una en pasar, por ejemplo— me hagan más sensible de aquí en adelante para ser, como mínimo, un intercesor fiel e incesante cuando

*Un servidor de ustedes, en el hospital. A ver cuánto me queda de pelos y barbas cuando acabemos con todo lo que todavía nos espera...*



personas de mi entorno se encuentran hospitalizadas. Sé que demasiadas visitas pueden abrumar más que consolar, así que no prometo ser un visitador tan asiduo como mi esposa, pero sí confío en tener más empatía que me inspire mayor fidelidad en la intercesión en oración.

**2.** En la misma línea, he aprendido lo mucho que bendice el que se acuerden de uno. Como no tengo cuenta de Facebook, las palabras de ánimo y consuelo me llegaban con especial insistencia por medio de la cuenta de mi esposa. Ella se cansaba de leerme las muchas expresiones reiterativas, a veces solamente emoticonos o *emojis*, que le llegaban; pero a mí cada persona que se acordaba de transmitírnos a ella y a mí su solidaridad, oraciones y deseos de pronta recuperación, me infundía ánimo; en más de una ocasión me conmovieron hasta las lágrimas.

Como ya conté en un email a mi iglesia y a los pastores y líderes de

AMYHCE, me acordé de la frase del Salmo 23, «tu vara y tu cayado me infundirán aliento». Sé que Dios, cuando no hay otra forma, no duda en hacernos llegar él personalmente a lo más íntimo del ser, ese aliento divino. Pero he reflexionado que a Dios le encanta especialmente delegar en sus hijas e hijos sus divinas virtudes, y que todos los que os habéis acordado de mí en mi postración habéis hecho de «vara y cayado del Señor» para infundirme aliento.

Esto me ha emocionado hasta las lágrimas. Aparte de por el aliento en sí, que es importantísimo, por el propio hecho de constatar que no es cuento, que sí que funciona eso de ser hermanos y hermanas en el Señor, miembros de un mismo cuerpo, que nos gozamos y padecemos conjuntamente unos con otros porque nos pertenecemos unos a otros. Supongo que a nivel secular, cualquier persona recibe consolación de que se acuerden de uno en sus horas difíciles; pero para mí tiene esta dimensión adicio-

nal, la dimensión espiritual, de saber que es uno de los dones que el Espíritu nos ha derramado para nuestra mutua edificación y apoyo.

3. En el período entre el diagnóstico de cáncer y la cirugía, aprendí otra cosa que no sé si me sorprendió; supongo que sí, que me sorprendió, aunque sencillamente como confirmación de una convicción que antes tenía en abstracto, como artículo de fe. Descubrí que no le tengo miedo a la muerte. Que «para mí el vivir es Cristo y el morir es ganancia», como lo expresó tan admirablemente el apóstol Pablo.

Decir que el morir es ganancia no es tener gana de morir ni pedir que le llegue a uno la hora, porque la primera frase es también importante: la maravillosa gloria de que vivir es vivir en y para Cristo, ser parte de la dinámica transformadora del Espíritu sobre la humanidad, continuadores de aquello que empezó con Jesús y ha de culminar en el fin de los tiempos.

Como Pablo en aquella carta, esta idea vino acompañada de una fe o certeza interior de que no ha llegado todavía mi hora de pasar a cobrar aquella «ganancia» eterna. (Y esto, si es que sea verdad o autoengaño, el tiempo lo confirmará.)

Pero lo que quiero expresar aquí es el descubrimiento —más bien la confirmación personal— de que para los que estamos en Cristo, la muerte ha perdido su «aguijón»: ya no asusta ni intimida ni se nos presenta como un desenlace terrible. Viviendo ya la realidad de que me ha sido concedida la vida eterna, veo la muerte —ahora que la he visto más o menos de cerca— algo así como la eclosión de un insecto, el tránsito por el que pasaré de este presente estado larval, a la gloria plena del ser espiritual y eterno que emergerá en el propio acto de desaparecer mi vida biológica.

Como lo expresó en otro lugar también Pablo, en el instante de vernos despojados del presente «vestido» (la vida biológica), nos descubriremos no desnudos, sino vestidos de una gloria hasta aquí inimaginable. Con la persecución y los naufragios que vivió el bueno de Pablo, oportunidades no le faltaron

para hallarse ante la inminencia de la muerte y llegar a estas conclusiones.

4. Por último, ante un diagnóstico tan serio como el de padecer de un tumor canceroso, ante la posibilidad de una larga enfermedad y muerte mucho antes de lo que nadie teníamos previsto, uno se replantea —inevitablemente, me parece— qué es lo que más le importa en la vida.

No faltan candidatos dignos a «lo más importante». La familia, por ejemplo; en mi caso mi esposa, hijos y nietos. La propia vida y salud, alargadas hasta los noventa y tantos años... Para mi sorpresa, en cuanto me planteé la pregunta, supe al instante la respuesta. La fuerza e intensidad de ese anhelo fue tan inmensa que se me subieron lágrimas a los ojos.

Se resume en la primera —porque aparece primero y porque es la más importante— de las peticiones que se hallan en la oración que nos enseñó Jesús: «Santificado sea tu Nombre».

Esta es mi razón de ser, es aquello por lo que he vivido toda mi vida desde que con apenas nueve años «me entregué» al Señor sin tener ni idea qué era lo que eso quería decir. Es lo que ha orientado mi existencia, lo que ha dado sentido y cohesión a nuestro matrimonio con Connie y nos ha ayudado a superar nuestras crisis de familia. Es lo que nos sostuvo en las horas más amargas, cuando se nos murió un nieto y su mellizo parecía que también se nos moría: que en todo, siempre, pase lo que pase, a las

---

Ante un diagnóstico tan serio como el de padecer de un tumor canceroso, ante la posibilidad de una larga enfermedad y muerte mucho antes de lo que nadie teníamos previsto, uno se replantea —inevitablemente, me parece— qué es lo que más le importa en la vida.

duras y a las maduras, sea santificado el glorioso Nombre del Señor.

Como con el descubrimiento de que no le tengo miedo a la muerte, descubro que esta experiencia, aunque dura —y solamente conozco el principio del trayecto, no lo que todavía me espera—, me ayuda a conocerme a mí mismo. La anestesista me puso una mascarilla y me dijo que respirara hondo. Obedecí... y «al instante» me despertaba en la unidad de recuperación.

Hasta ahí, tal como te lo cuentan.

Pero me sorprendió mi primer pensamiento más o menos lúcido pero todavía bastante «ido»: Noté que de mi interior brotaban alabanzas al Señor. No hacía más que repetir —¡en hebreo, vaya curiosidades!— «Bendito seas tú, Señor nuestro Dios, rey del universo», una invocación rabínica que seguramente Jesús mismo conocía y pronunciaba. Al rato, sin proponérmelo, estaba canturreando coritos de alabanza y adoración (sinceramente, un poco cortado por si alguien me escuchaba).

Recordándolo después me emociono, porque es en una situación así donde se revela de verdad lo que uno lleva en su interior. Y descubrí que lo que me mana de suyo, desde lo más hondo, es «santificar el Nombre». Me emociona y consuela, porque aunque sé que eso es lo que deseo hacer con mi vida conscientemente, no podía estar seguro de que subconscientemente también lo fuera.

No es que sea lo único que importa. Pero «santificar el Nombre» es lo que, para mí, da sentido a todo lo demás que también importa.

## Ahora entiendo el evangelio (18/24)

# El poder del evangelio

por Antonio González

El evangelio no es un mero mensaje, simples palabras. El evangelio es una fuerza que transforma las vidas. Como dice Pablo,

*el evangelio es poder de Dios para salvación de todo el que cree* (Ro 1,16).

Ya hemos visto de dónde procede ese poder: del Espíritu de Jesús. Esa fue precisamente la promesa de Jesús tras su resurrección:

*... recibiréis poder cuando el Espíritu Santo haya venido sobre vosotros, y me seréis testigos...* (Hch 1,8).

Veamos esto más despacio.

### 1. El dedo de Dios

Si atendemos a la actividad de Jesús, resulta claro que Jesús no solo proclamó la llegada del reinado de Dios. Y no solo enseñó sobre la nueva vida propia del reino. Jesús acompañó su enseñanza con hechos poderosos. Una gran parte de estos hechos consistían en la sanación de personas enfermas y en la liberación de los que estaban atados por los poderes del mal.

Si leemos los evangelios, vemos a Jesús sanando y liberando, una y otra vez. Como dice resumidamente el libro de los Hechos:

*Me refiero a Jesús de Nazaret, y a cómo Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder. Él anduvo haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él* (Hch 10,38).

En realidad, el evangelio, como anuncio de la venida del reinado de Dios no se refiere simplemente a algo futuro, sino a algo que sucede al mismo tiempo que se anuncia. Por eso es completamente normal que la venida del reinado de Dios vaya acompañada de los signos que manifiestan la presencia del poder de Dios. Los adversarios de Jesús parecen haber sostenido la idea habitual de que Dios envía las enfermedades, hasta el punto de acusar a Jesús, cuando sanaba,

oponerse a Dios, actuando con un poder diabólico. Sin embargo, la idea de Jesús era justamente la inversa:

*Si por el dedo de Dios echo fuera a los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reinado de Dios* (Lc 11,20; cf. Mt 12,28).

El evangelio anuncia algo que está sucediendo: la venida del reinado de Dios. Y la venida del reinado de Dios significa que la creación es restaurada en su diseño originario, frente a los poderes del mal. La voluntad de Dios comienza a realizarse, no solo en el cielo, sino también en la tierra (Lc 11,2). Por eso el deseo constantemente expresado de Jesús es la superación de toda enfermedad y de toda dolencia (Mc 1,40-41; etc.).

Al mismo tiempo, la llegada del reinado de Dios implica la crisis, y la caída, de todos los poderes basados en la lógica retributiva, que es la lógica de la serpiente, y la estructura última del pecado. Cuando llega el reinado de Dios, los poderes del mal caen como un rayo (Lc 10,18). Dios vuelve a gobernar directamente a su creación. Es lo que la Escritura expresa en la hermosa imagen de la Jerusalén celestial descendiendo a la tierra (Ap 21,2).

### 2. Proclamar y sanar

Esto significa entonces que los hechos poderosos no pueden ser algo limitado a la actividad de Jesús en la tierra. Dondequiera que se anuncia el reinado de Dios, ese reinado irrumpe con poder. Y entonces cosas nuevas y extraordinarias suceden.

De hecho, cuando Jesús enviaba a sus discípulos a proclamar el reinado de Dios, les enviaba también a mostrar el poder de Dios:

*Los envió a proclamar el reinado de Dios y a sanar a los enfermos* (Lc 9,2).

*Sanad a los enfermos que haya allí y decidles: el reinado de Dios se ha acercado a vosotros* (Lc 10,9).

En ese tiempo, el Espíritu Santo ya estaba «con» los discípulos, aunque todavía no estaba «en» ellos (Jn 16, 17). En el libro de los Hechos, la promesa ya se ha cumplido, y el Espíritu está «en» los discípulos, como un río de agua viva. El anuncio del reinado de Dios va entonces acompañado de señales y milagros en los que se muestra el poder de Dios. Por eso, cuando a los apóstoles se les prohíbe anunciar que Jesús es el Mesías, ellos oran pidiendo valor para seguir haciéndolo, y también piden a Dios que siga acompañando su anuncio con



«sanidades, señales y prodigios en el nombre de tu santo siervo Jesús» (Hch 4,30).

Los hechos poderosos, realizados en el nombre de Jesús, son la confirmación de las palabras de gracia que anuncian las buenas noticias del reinado de Dios (Hch 14,3). Es lo que también nos dice Pablo. Cuando él anunciaba el evangelio, los milagros de Dios sucedían:

*... nuestro evangelio no llegó a vosotros solo en palabras, sino también en poder y en el Espíritu Santo, y en plena convicción...* (1 Ts 1,5).

*Ni mi mensaje ni mi proclamación fueron con palabras persuasivas de sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios* (1 Co 2,4-5).

Se puede ver en todo esto la idea de Jesús de que el reinado de Dios es un reinado compartido. Los hijos de Dios, al ser hijos del Rey, participan de la soberanía real (Mt 17,24-27). Y por lo tanto participan de los poderes del Rey. En la última cena, Jesús anunció que los discípulos se sentarían en tronos, para juzgar a las tribus de Israel (Lc 22,28-30). Por supuesto, para Jesús, la única manera en la que todos pueden ser señores es que, al mismo tiempo, todos sean siervos (Lc 22,24-27). Y precisamente como reyes y como siervos, los discípulos están llamados a ejercer su autoridad en beneficio de todos los que sufren.

En la carta a los Efesios no solo se dice que Jesús se sentó a la diestra de Dios «en los lugares celestiales» (Ef 1,20), sino también que todos los creyentes se sentaron también con Jesús (Ef 2,6), en la misma posición celestial, que representa la soberanía. El cristianismo primitivo no dudó en poner en práctica la autoridad que Jesús había delegado a sus discípulos. Es algo que sucedió continuamente, al menos hasta el siglo IV, cuando el cristianismo se convirtió en religión oficial del imperio romano.

### 3. Es para hoy

Se podría pensar que el poder y la autoridad de los discípulos pertenecen al pasado, a los tiempos de Jesús y del

## Los hechos poderosos, realizados en el nombre de Jesús, son la confirmación de las palabras de gracia que anuncian las buenas noticias del reinado de Dios.

cristianismo primitivo. Sin embargo, la Escritura afirma que esos poderes son para el presente. Jesús mismo afirmaba que quien crea en él hará las mismas obras que él hacía, e incluso mayores (Jn 14,12; cf. Mc 16,17-18). El anuncio del evangelio viene siempre anunciado

*... con señales, maravillas, diversos hechos poderosos y dones repartidos por el Espíritu Santo según su voluntad* (Heb 2,4).

Es importante caer en la cuenta de que se tratará siempre de «señales», pero no de «pruebas». Las personas que se encuentren con los hechos poderosos que el Espíritu de Jesús sigue realizando hoy tendrán siempre libertad para aceptar esas indicaciones del interés y del amor de Dios hacia ellas. Pero también tendrán la posibilidad de rechazar esos signos, buscando cualquier pretexto, o cualquier expli-

cación, que les libre de la invitación de Jesús a aceptar su Reino, su soberanía, en sus propias vidas.

En cualquier caso, lo natural es que cualquier presentación del evangelio vaya acompañada de la experiencia de «los poderes del mundo venidero» (Heb 6,5). Si el evangelio es anunciar la llegada del Rey, es normal que se manifieste el poder del Rey que llega. De esta manera, el nuevo creyente, al recibir el reinado del Mesías, podrá también ser capacitado para compartir el evangelio, convirtiéndose en un agente del reinado de Dios, investido con los poderes mismos de Jesús. Es justamente la obra continua del Espíritu de Jesús, tal como vimos.

### 4. Para reflexionar

- ¿Por qué Jesús enviaba no solo a proclamar el evangelio, sino también a sanar?
- ¿Qué tiene que ver el poder del evangelio con el reinado de Dios?
- ¿Podemos anunciar el evangelio con poder?



## Jesús sitúa mujeres al centro

por J. Nelson Kraybill

Nancy Kauffmann, de Goshen, Indiana (EEUU) ha sido desde hace mucho una pionera como mujer en posiciones de liderazgo en la congregación local y en la denominación. Así que no me sorprende que un cuadro pintado por el artista chileno Daniel Cariola en una capilla junto al Mar de Galilea, captase su atención.

Ella y otros peregrino ya habían visto la sinagoga del siglo I recientemente descubierta no muy lejos de ahí en las ruinas de la antigua Magdala, de donde probablemente fuera natural María Magdalena. Pero el cuadro, titulado «Encuentro», donde se representa la mano de una mujer «inmunda» que se extiende para tocar a Jesús (Marcos 5), hizo que Nancy se parara en seco. Cuando Jesús sintió que emanaba de su cuerpo poder, exclamó: «¿Quién me ha tocado la ropa?» Deteniéndose ante el cuadro que representaba esa escena, Nancy empezó a enseñar espontáneamente:

«Por qué hizo que se identificase la persona que le había tocado? ¿Por qué hacerla pasar vergüenza ante la multitud? Jesús podría haberla dejado marchar sin que nadie se enterara. Se había arriesgado ella a sufrir humillación, por cuanto la ley rabínica consideraba que ella era intocable por motivo de su flujo de sangre. Había sufrido durante doce años, gastado todo su dinero en médicos, y tenía que sentirse desesperada. Pero creía que si tocaba a Jesús se sanaría.

«Jesús, al hacer que se identificase, reconoció su legitimidad. La sacó de su marginación y la puso al centro de la comunidad. Felicitó su desparpajo para desentenderse de la ley y arriesgarse a tocarle. Jesús la llamó “hija”, significando así que tenía cabida en la familia de Dios. En lugar de ignorarla, ni qué hablar de rechazarla, Jesús invitó a la mujer a expresarse y la bendijo.

«Jesús entabló diálogos teológicos reiteradamente con mujeres: la mujer junto al pozo de Jacob (Juan 4), la mujer cananea que rogaba a Jesús que le sanase su hija y respondiendo sin cortarse a su renuencia inicial a sanar



fuera de la raza israelita, al decir: “Y sin embargo los perros pueden comer las migajas que caen de la mesa al suelo” (Mateo 15). En comparación con cómo la sociedad trataba a las mujeres, Jesús entró a dialogar con ellas y reconoció la validez de sus ideas y de su fe. Las defendió públicamente: tal el caso de la mujer “sorprendida en el adulterio” en Juan 8 (pero nada se supo del varón en cuestión); tal el caso también de la mujer que perfumó sus pies (Lucas 7).

«El testimonio de una mujer no se consideraba válido ante un tribunal, y sus palabras y opiniones se descartaban habitualmente (y así pasa mucho hasta hoy). Y sin embargo el propio Cristo resucitado se apareció en primer lugar a mujeres. Entonces regresan donde los varones para anunciarles que Jesús ha resucitado. ¡Fue el propio Jesús el que encargó a María Magdalena la proclamación de esa noticia! Tiene que haber sido muy valiente para atreverse a ir a su sepulcro a pesar de lo que le habían hecho a él las autoridades religiosas y civiles.

«María tiene la valentía de quedarse junto al sepulcro, recibir la revelación del ángel, alcanzar a ver a Jesús. Los soldados apostados ahí se hacen los muertos y después salen corriendo; los sumo sacerdotes intentan controlar la noticia sobornando a esos soldados.

Pero María Magdalena no duda en dar un paso al frente para anunciar a los otros discípulos la resurrección. Durante siglos, la iglesia cristiana la reconoció con el título de “la apóstol de los apóstoles”».

—Jesús sitúa mujeres al centro de la comunidad de fe, como participantes de pleno derecho —afirma Nancy Kauffmann—, y nos invita a entablar diálogo con la mente y el corazón. Nosotras también hemos sido creadas a imagen de Dios.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Este artículo apareció (en inglés) en el blog de J. Nelson Kraybill: *Holy Land Peace Pilgrim*, el 08/06/2018.



## Noticias de nuestras iglesias

### Conmemoración histórica

**Barcelona, 30 mayo** — Hemos recibido el siguiente comunicado de David Becerra, de parte de la Iglesia Menonita de Barcelona:

«El pasado 29 de mayo, el Ayuntamiento de Barcelona nos invitó como AMyHCE a participar en el acto de conmemoración de los 500 años de la Reforma Protestante, en que la alcaldesa Ada Colau hizo un especial reconocimiento a la aportación evangélica a la ciudad y la deuda histórica con el pueblo protestante. Fue un acto formal pero ameno, con parlamentos de las autoridades de la ciudad, representantes del mundo evangélico, historiadores y sociólogos, música e himnos y un refrigerio al final.

«Como dato, en la ciudad de Barcelona hay casi 200 iglesias protestantes de distintas denominaciones, con cultos en más de 13 idiomas, con un peso específico en la obra social, pero con poco reconocimiento social e institucional. Un hecho que la alcaldesa se comprometió a intentar revertir».



### Bautismos en Madrid

**Hoyo de Manzanares, 2 julio** — Los Hermanos en Cristo de la Comunidad de Madrid nos mandan la siguiente información y numerosas fotografías:

«Ayer tuvimos bautismos en el pantano de San Juan. Se bautizaron dos personas de la iglesia de Lucero (Madrid) y tres de la de Hoyo de Manzanares. Fue un día muy bonito. Como dijo una de las que se bautizó: “Bautizarse es dejar mi estilo de vida y seguir el estilo de vida de Jesús”.

«Se bautizaron Daniel, Margarita, Miguel, Ricardo y Tany».



### Retraso de *El Mensajero*

**Parbayón (Cantabria), 6 julio** — Por motivos que se comprenderán (véase «Algunas cosas que he aprendido...», pp. 4-5), este número especial de verano ha salido con tres semanas de

retraso. Por la misma razón, es posible que el siguiente número y algún otro, lleven también retraso o salgan cada dos meses.

# Diccionario de términos bíblicos y teológicos

**misericordia** — Virtud por la que la persona se siente conmovida a aliviar el sufrimiento ajeno. Es un término «secular», no estrictamente religioso, que sin embargo tiene mucha andadura en la Biblia y en la vida y enseñanza cristianas.

La misericordia procede de la capacidad de sentir empatía, de ponerse en la piel del otro —en particular del desafortunado, del que sufre— para actuar como nos imaginamos que querríamos que actuaran otros si nosotros nos encontrásemos en esa situación.

Una aplicación especialmente sombría de este principio era lo que en la Edad Media se conocía como el «puñal de misericordia», que llevaban los caballeros para rematar a los heridos en las batallas. Antes de la medicina moderna y en particular el reconocimiento de la necesidad de extremar la higiene para evitar infecciones y el descubrimiento de los antibióticos, era peor ser herido que morir en una batalla. La mayoría de los heridos tenían por delante días, semanas, tal vez meses de agonía y dolor ante el avance imparable de la infección y gangrena, siempre con un desenlace inevitable de muerte. De ahí que los combatientes llevasen consigo su *misericordia* para recorrer el campo de batalla, concluida esta, y dar así el «golpe de gracia» a los heridos desafortunados que no estuviesen muertos ya.

Mucho más placentero es observar en los coros de las catedrales en cualquiera de nuestras ciudades, que las sillas del perímetro tienen labrada una *misericordia*, que se ve cuando se levanta el asiento para los largos ratos cuando la liturgia exigía estar de pie. Son pequeños apoyos para las nalgas, donde se podía estar técnicamente de pie por tener las piernas plenamente extendidas, pero a la vez estar prácticamente sentados en ese apoyo.

El principio es siempre el mismo: ponerse en la piel del otro y poner el remedio que se tenga a mano para abreviar o disminuir el sufrimiento o dolor o la mala fortuna que ese otro

está sufriendo o es previsible que vaya a sufrir.

Si el fundamento esencial de la misericordia es la capacidad de empatía, de ponerse en la piel del prójimo, es asombroso descubrir hasta qué punto la misericordia es uno de los rasgos más frecuentemente atribuidos al Señor en la Biblia. ¿Cómo puede saber un ser tan superior y esencialmente distinto a nosotros, como lo es Dios, lo que padecen nuestros cuerpos, las agonías de nuestro dolor (por las que podemos llegar a desear vivamente la muerte), los sufrimientos y agonías mentales de preocupación, temor por seres queridos, la incertidumbre y duda que nos provoca no conocer el futuro...? ¿Cómo es posible que Dios pueda empatizar, ponerse en nuestra piel, imaginarse a sí mismo en nuestra situación, *con-padecer* —compadecerse— de nosotros hasta tal grado que suscita en Dios la virtud de la misericordia?

Este es uno de esos puntos donde hay que echar mano del concepto de que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. Aunque somos distintos por supuesto, no lo somos tanto como para que Dios no pueda, en efecto, empatizar y sentirse conmovido a la misericordia, ponerse en nuestra piel e imaginarse a sí mismo padeciendo los mismos dolores y agonías que nosotros. Y comprendiendo así lo que sufrimos nosotros, sentir que brota en su seno la misericordia para intervenir a nuestro favor para abreviar, paliar, incluso quitarnos del todo nuestro dolor o la condición miserable en que nos hallamos.

Por esto mismo es natural concebir de él como un Padre, vernos a nosotros mismos como sus hijos, como la niña de su ojo, como destinatarios de su favor, su gracia, su protección... Y de su misericordia.

En cualquier caso, la misericordia de Dios no es sencillamente un artículo de fe o de doctrina cristiana. Es lo que cada uno de nosotros que conocemos a Dios y esperamos en él, hemos experimentado en diferentes momentos de nuestras vidas. Sabemos que Dios es misericordioso, no porque lo diga la Biblia —que también— sino

porque hemos experimentado personalmente su misericordia.

Y ante la certeza de la muerte que nos espera como seres mortales, sabemos que cuando llegue aquel momento cuando ya es imposible aguantar más, Dios tendrá esa misericordia también de poner fin a nuestros padecimientos terrenales y llevarnos consigo a la gloria eterna que nos tiene preparada.

La Biblia no dice solamente que es misericordioso Dios. Por cuanto nos declara hijos e hijas de Dios, cuya paternidad se nos reconoce porque nos parecemos moral y éticamente a Dios, la misericordia ha de ser un rasgo esencial de toda aquella persona que conoce y ama a Dios y que vive en la dinámica del evangelio. Nosotros también hemos de saber ponernos en la piel de quien sufre, para intervenir en lo que esté a nuestro alcance para paliar, mitigar o poner fin a sus padecimientos.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

Barrio El Jurrio 34C, Portal 8, Bajo C  
39612 Parbayón (Cantabria)

**Director:** Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

[www.menonitas.org](http://www.menonitas.org)